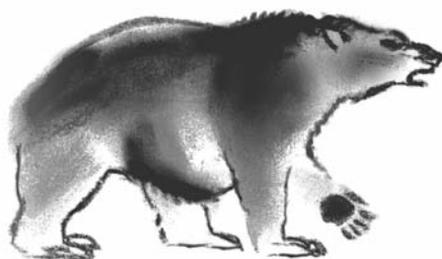


JEAN M.
AUDEL

LOS HIJOS DE LA TIERRA®

EL CLAN DEL OSO
CAVERNARIO



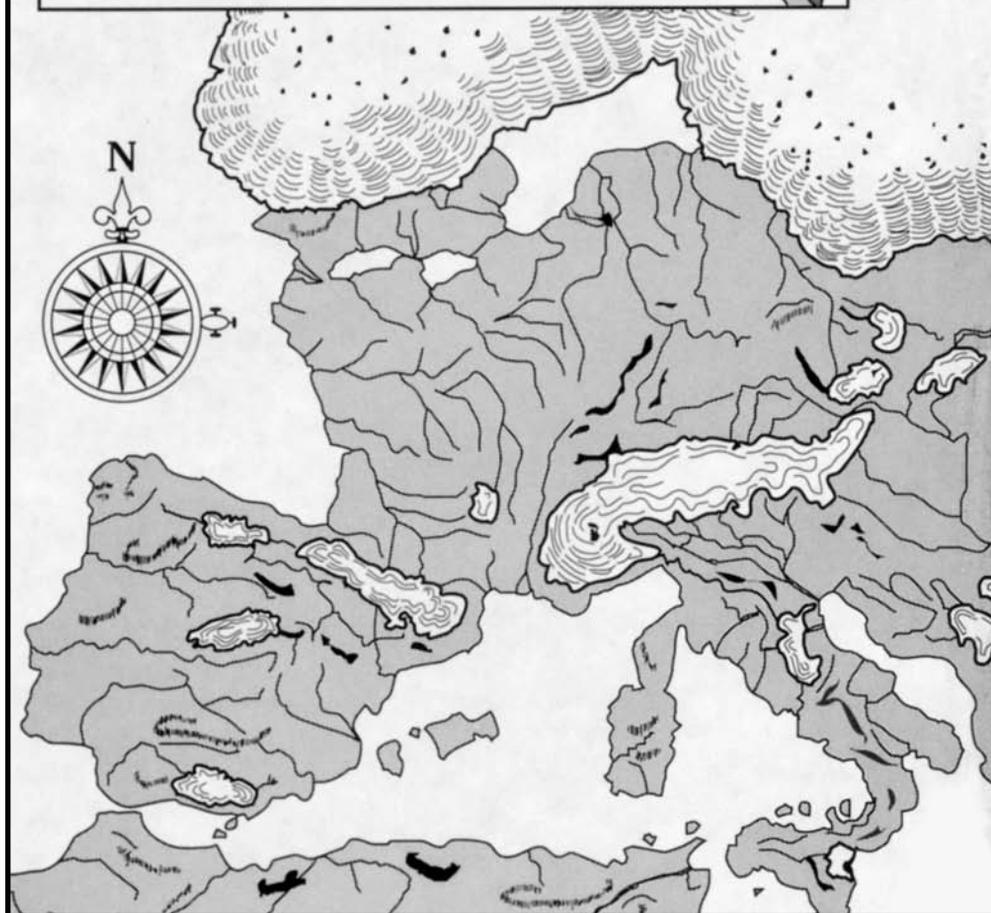
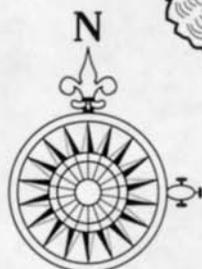
MAEVA

EL CLAN DEL OSO CAVERNARIO

Cazadores de mamuts

Caverna

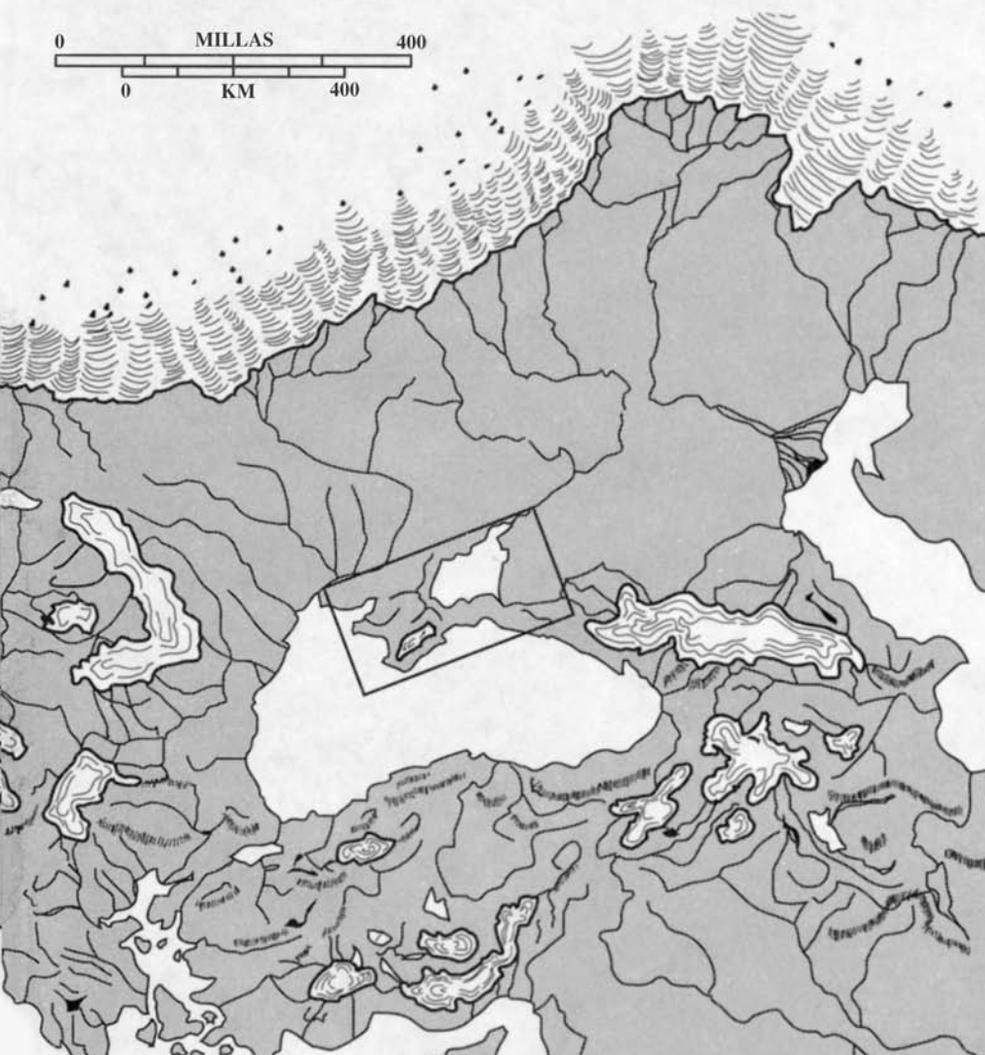
Reunión de los clanes



LOS HIJOS DE LA TIERRA®

EUROPA PREHISTÓRICA DURANTE LA ERA GLACIAL

Extensión del hielo y alteraciones producidas en los márgenes costeros durante los 10.000 años interestadiales, una ola de calor durante la glaciación de Wurm, del final del Pleistoceno, que se extendió de los 35.000 a los 25.000 años anteriores a la época actual.



Mapa diseñado por Rafael Palacios, según Auel

CAPÍTULO 1

La niña desnuda salió corriendo del cobertizo de cuero hacia la playa rocosa en el recodo del riachuelo. No se le ocurrió volver la vista atrás. Nada en su experiencia le daba razón alguna para poner en duda que el refugio y los que estaban dentro seguirían allí cuando regresara.

Se tiró al río chapoteando y, al alejarse de la orilla, que se hundía rápidamente, sintió cómo la arena y los guijarros se escapaban bajo sus pies. Se zambulló en el agua fría y salió nuevamente, escupiéndolo, antes de dar unas brazadas firmes para alcanzar la escarpada orilla opuesta. Había aprendido a nadar antes que a andar, y a los cinco años de edad se encontraba a gusto en el agua. En muchas ocasiones, la única manera en que se podía cruzar un río era nadando.

La pequeña jugó un buen rato, nadando de un lado para otro, y después dejó que la corriente la arrastrara río abajo; cuando éste se ensanchó y empezó a hacer borbotones sobre las piedras, se puso en pie y regresó a la orilla, donde se dedicó a escoger piedrecillas. Acababa de colocar una en la cima de un montoncillo formado por algunas especialmente bonitas, cuando la tierra empezó a temblar.

La niña vio, sorprendida, que la piedrecita rodaba como por voluntad propia, y observó con espanto cómo las que formaban la pequeña pirámide temblaban y volvían al suelo. Sólo entonces se dio cuenta de que también ella era sacudida, pero todavía experimentaba más sorpresa que aprensión. Lanzó una mirada en derredor tratando de comprender por qué su universo se había alterado de manera incomprensible. Se suponía que la tierra no debía moverse.

El riachuelo, que momentos antes corría suavemente, se había vuelto turbulento, con olas agitadas que salpicaban las orillas mientras su lecho se alzaba contra la corriente, sacando lodo del fondo.

Los matorrales que crecían cerca de las orillas río arriba se estremecían, animados por un movimiento invisible de sus raíces, y río abajo las rocas oscilaban, presas de una agitación insólita. Más allá, las majestuosas coníferas del bosque por el que pasaba el río se inclinaban de manera grotesca. Un pino gigantesco próximo a la orilla, con sus raíces al aire y debilitado por la corriente del arroyo, se inclinó hacia la orilla opuesta; con un crujido se desplomó por encima de las turbias aguas y se quedó temblando sobre la tierra inestable.

La pequeña dio un brinco al oír la caída del árbol; el estómago se le revolvió y se le hizo un nudo cuando el temor cruzó por su mente. Trató de ponerse en pie, pero cayó de espaldas al perder el equilibrio por efecto del horrible balanceo. Lo intentó nuevamente, consiguió enderezarse y se quedó en pie, insegura, sin atreverse a dar un paso.

Al echar a andar hacia el cobertizo de cuero, un poco apartado del río, sintió un rumor sordo, que se convirtió en un estrepitoso rugido aterrador; un olor repugnante a humedad surgió de una grieta que se abría en el suelo, como si fuera el aliento fétido que exhala por la mañana la tierra al bostezar. La niña miró, sin comprender, la tierra, las piedras y los arbolillos que caían en la brecha, que seguía abriéndose mientras la corteza fría del planeta en fusión se resquebrajaba en sus convulsiones.

El cobertizo, encaramado en la orilla más lejana del abismo, se inclinó al retirarse la mitad de la tierra firme que tenía debajo; el esbelto poste se balanceó como indeciso antes de desplomarse y desaparecer en el profundo orificio, llevándose su cubierta de cuero y todo su contenido. La niña tembló, horrorizada y con los ojos desorbitados, mientras las apestosas fauces abiertas se tragaban todo lo que había dado sentido y seguridad a los escasos años de su vida.

—¡Madre! ¡Madree! —gritó cuando empezó a darse cuenta de lo que estaba sucediendo. No sabía si el grito que resonaba en sus oídos era el suyo en medio del rugido atronador de las rocas que se resquebrajaban. Se acercó gateando a la profunda grieta, pero la tierra se elevó y la derribó. Se aferró a la tierra, tratando de agarrarse a algo en aquel suelo oscilante y movedizo. Entonces la brecha se cerró, el rugido cesó y la tierra agitada se calmó. La que no se calmó fue la niña. Tendida boca abajo sobre la tierra floja y húmeda, dominada por el paroxismo que acababa de sacudirla, temblaba de miedo; tenía sobradas razones para estar asustada.

La niña se encontraba sola en medio de un desierto de estepas herbosas y florestas dispersas. Al norte, los glaciares cubrían el continente, empujando su frío por delante. Un número incalculable de animales herbívoros, y los carnívoros que de ellos se sustentaban, recorrían las vastas praderas, pero apenas había alguien. No tenía adónde ir ni nadie que pudiera ocuparse de ella. Estaba sola.

El suelo volvió a estremecerse, asentándose, y la niña oyó una especie de sordo rugido en las profundidades, como si la tierra estuviera haciendo la digestión de una comida engullida sin masticar. Dio un salto, presa del pánico, aterrada ante la idea de que pudiera abrirse de nuevo. Miró hacia el lugar en donde había estado el cobertizo: lo único que allí quedaba era tierra descarnada y arbustos desarraigados. Deshecha en llanto, la niña corrió otra vez hacia el riachuelo y se dejó caer hecha un ovillo sollozante junto a la fangosa corriente.

Pero las húmedas orillas del riachuelo no brindaban refugio alguno contra el convulso planeta. Otra sacudida, esta vez más intensa, agitó el suelo. La niña se quedó mirando con asombro la salpicadura de agua fría sobre su cuerpecito desnudo. Nuevamente se apoderó de ella el pánico, haciéndola incorporarse. Tenía que apartarse de ese aterrador lugar de tierra sacudida, devoradora, pero ¿adónde podría dirigirse?

No había lugar en donde pudieran brotar semillas sobre la playa rocosa, y tampoco había otro tipo de vegetación; pero las riberas río arriba estaban cubiertas de maleza que comenzaba a retoñar hojas nuevas. Un instinto profundo le decía que debería permanecer cerca del agua, pero las enmarañadas zarzas parecían impenetrables. A través de sus ojos empañados por el llanto que le enturbiaba la visión, miró hacia el otro lado, hacia la selva de altas coníferas.

Delgados haces de rayos de sol se filtraban por entre las ramas tupidas de densos árboles perennes que se apretujaban cerca del río. La selva umbrosa carecía casi por completo de maleza, pero muchos de aquellos árboles no se erguían ya. Unos cuantos habían caído sobre la tierra, otros más se inclinaban en ángulos estrambóticos, sostenidos por vecinos que todavía estaban firmemente anclados. Más allá del revoltijo de árboles, la selva boreal era oscura y no resultaba más atractiva que la maleza río arriba. No sabía hacia dónde ir; miró primero a un lado y después a otro, indecisa.

Un temblor bajo sus pies, mientras miraba río abajo, la puso en movimiento. Dirigiendo una última mirada anhelante hacia el

paisaje vacío, con la esperanza infantil de que el cobertizo siguiera allí, echó a correr hacia los bosques.

Estimulada por algún que otro gruñido sordo mientras la tierra se asentaba, la niña siguió el curso de la corriente. En su prisa por alejarse, se detenía sólo para beber. Las coníferas que habían sucumbido a las sacudidas telúricas yacían postradas sobre el suelo; la niña evitaba los cráteres abiertos por el cepellón circular de raíces cortas que aún tenían tierra y grava pegadas a sus partes ocultas, ahora al descubierto.

Al atardecer, comenzó a advertir menos evidencias de perturbación, menos árboles arrancados y menos rocas desplazadas, y el agua estaba más clara. Se detuvo cuando ya no pudo ver por dónde andaba, y se dejó caer, agotada, sobre la tierra del bosque. El ejercicio le había ayudado a conservar el calor mientras estuvo en movimiento, pero comenzó a tiritar bajo los efectos del aire frío de la noche, se sumió en la espesa alfombra de agujas caídas de los árboles, se hizo un ovillo y se cubrió a puñados con ellas.

Pero, por cansada que estuviera, no logró conciliar el sueño la asustada criaturita. Mientras había estado ocupada en rodear obstáculos para seguir el curso del río, había conseguido apartar de su mente el temor que ahora la abrumaba. Estaba tendida, perfectamente inmóvil, con los ojos muy abiertos, observando cómo la oscuridad se espesaba y congelaba a su alrededor. Temía moverse, casi temía respirar.

Nunca anteriormente se había encontrado sola de noche; siempre había tenido cerca una hoguera para mantener a raya la oscuridad desconocida. Finalmente no pudo dominarse más y, con un sollozo convulsivo, desahogó su angustia. Su cuerpecito se sacudía al ritmo de sus sollozos y su hipo. Eso terminó por sosegarla y adormecerla. Un animalillo nocturno la olfateó con curiosidad amable sin que ella se diera cuenta.

¡Despertó gritando!

El planeta seguía inquieto y lejanos rugidos que resonaban en las profundidades la devolvieron a su horror en una espantosa pesadilla. Se puso en pie, quiso echar a correr, pero sus ojos no podían ver más estando abiertos que con los párpados cerrados. Al principio no pudo recordar dónde se encontraba. Su corazón palpitaba fuertemente: ¿por qué no podía ver? ¿Dónde estaban los amorosos brazos que siempre habían estado allí para reconfortarla cuando despertaba de noche? Poco a poco el recuerdo consciente de su

terrible situación se fue abriendo paso en su mente y, tiritando de frío y de miedo, volvió a hacerse un ovillo y a sumirse en el suelo cubierto de agujas. Los primeros pálidos rayos del alba la encontraron dormida.

La luz del día llegó lentamente a la profundidad de la selva. Cuando despertó la niña, la mañana estaba ya muy avanzada, pero bajo aquella sombra espesa resultaba difícil advertirlo. Se había alejado del río la noche anterior cuando la luz empezó a menguar y un amago de pánico amenazó apoderarse de ella cuando miró en derredor y sólo vio árboles.

La sed le ayudó a reconocer el sonido de agua borboteante. Siguió el sonido y sintió un gran alivio al ver de nuevo el riachuelo. No estaba menos perdida junto al río que dentro de la selva, pero se sentía mejor al tener algo que seguir; podría calmar su sed mientras estuviera cerca de él. El día anterior había sentido la satisfacción de tener agua fresca, pero no le servía de mucho para aplacar su hambre.

Sabía que había raíces y vegetales que se podían comer, pero no sabía lo que era comestible. La primera hoja que probó era amarga y le lastimó la boca; la escupió y se enjuagó para quitar el mal sabor. Esa experiencia la hizo vacilar a la hora de probar otras. Bebió más agua, pues tenía la sensación pasajera de estar ahíta, y volvió a seguir la orilla río abajo. Los profundos bosques la aterrorizaban y se mantuvo cerca del río mientras brilló el sol. Al caer la noche, abrió un hoyo en las agujas que cubrían el suelo y se acurrucó nuevamente entre ellas para dormir.

Su segunda noche de soledad no fue mejor que la primera. Juntamente con el hambre, un terror helado le contraía el estómago; nunca había sentido semejante terror, ni tanta hambre: nunca había estado tan sola. Su sensación de estar perdida era tan dolorosa que empezó a bloquear el recuerdo del terremoto y de su vida anterior a él; y como pensar en el futuro la ponía igualmente al borde del pánico, luchó por apartar también esos temores de su mente. No quería pensar en lo que pudiera suceder ni en quién podría encargarse de ella.

Vivía sólo para el momento presente, salvando el siguiente obstáculo, cruzando el siguiente afluente, trepando por encima del siguiente tronco caído. Seguir el río se convirtió en un fin en sí, no porque la fuera a llevar a parte alguna, sino porque era lo único que le proporcionaba alguna orientación, algún propósito, algún motivo de acción. Era mejor que no hacer nada.

Al cabo de cierto tiempo, el vacío de su estómago se convirtió en un dolor sordo que le nublaba la mente. Lloraba de vez en cuando mientras seguía avanzando penosamente, y sus lágrimas pintaban chorretes blancos en su rostro sucio. Su cuerpecito desnudo estaba cubierto de tierra, y los cabellos, que habían sido anteriormente casi blancos y tan finos y suaves como la seda, estaban pegados a su cabeza en una maraña de agujas de pino, ramitas y barro.

El viaje se complicó cuando la selva de árboles siempre verdes cambió por una vegetación menos espesa y cuando el suelo cubierto de agujas dejó paso a matorrales, hierbas y pastos que cubren generalmente el suelo debajo de árboles de hoja más pequeña. Cuando llovía, se acurrucaba bajo un tronco caído o se cobijaba bajo una roca grande, o bajo las ramas de un árbol, o simplemente se dejaba lavar por la lluvia mientras seguía avanzando pesadamente por el barro. De noche, amontonaba hojas secas caídas la temporada anterior y se enterraba en ellas para dormir.

El abundante consumo de agua potable impidió que la deshidratación originara una hipotermia, esa bajada de temperatura corporal que provoca la muerte por exposición, pero la niña se estaba debilitando. Estaba ya más allá del hambre; sólo sentía un dolor sordo y constante, y una ocasional sensación de mareo. Trataba de no pensar en ello ni en cosa alguna que no fuera el río, seguir el río.

La luz del sol, al penetrar en su nido de hojas, la despertó. Salió del cómodo cobijo entibiado por el calor de su cuerpo y se dirigió al río para beber agua, con hojas secas todavía pegadas a su piel. El cielo azul y el sol brillante eran un consuelo después de la lluvia del día anterior. Poco después de que echara a andar, la orilla del río que ella seguía comenzó a subir gradualmente. Cuando decidió tomar otro trago, una pendiente abrupta la separaba del agua. Empezó a bajar cuidadosamente, pero perdió pie y cayó rodando hasta abajo.

Se quedó tendida, raspada y magullada, en el barro junto al agua, demasiado cansada, demasiado débil y demasiado infeliz para moverse. Gruesos lagrimones se formaban en sus ojos y corrían por su rostro, y tristes lamentos rasgaban el aire. Nadie la oyó. Sus gritos se convirtieron en plañidos pidiendo que alguien viniera a ayudarla. Nadie acudió. Los sollozos sacudían sus hombros mientras lloraba su desesperanza. No quería ponerse en pie, no quería seguir adelante, pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Quedarse allí llorando en el barro?

Cuando paró de llorar se quedó tendida junto al agua. Al sentir que una raíz se le incrustaba en el costado y que su boca sabía a lodo, se sentó. Entonces se puso pesadamente en pie y fue a beber un poco de agua del río. Reanudó la marcha, retirando obstinadamente las ramas que obstruían su paso, trepando por troncos caídos y cubiertos de musgo, chapoteando a la orilla del río.

La corriente, que ya estaba crecida debido a las inundaciones de principios de primavera, había aumentado hasta más del doble de su caudal gracias a sus afluentes. La niña oyó un rugido lejano mucho antes de ver la cascada que caía desde la alta ribera en la confluencia de un río grande con el más pequeño, un río que iba a doblar nuevamente su volumen. Más allá de la cascada, las rápidas corrientes de los ríos unidos hervían sobre las piedras mientras corrían hacia las llanuras herbosas de la estepa.

La rugiente catarata saltaba desde el borde de la alta orilla formando una amplia cortina de agua blanca. Venía a estrellarse contra una poza espumante que había sido horadada en la base de la roca, provocando una pulverización constante de rocío y remolinos de corrientes contrarias allí donde se unían los ríos. En algún momento de un pasado lejano, el río había labrado más profundamente el farallón de piedra dura detrás de la cascada. El saliente desde el cual se precipitaba el agua sobresalía del muro que había detrás de la cascada, de modo que entre muro y cascada quedaba un paso.

La pequeña se acercó, miró cuidadosamente el túnel húmedo y después echó a andar por detrás de la movediza cortina de agua. Se pegaba a la roca mojada para mantener el equilibrio, pues la continua caída del agua la aturdía. El rugido era ensordecedor, rebotando contra la pared de piedra detrás del tumultuoso caudal. Alzó con temor la vista, angustiosamente consciente de que el río quedaba más arriba de las rocas que chorreaban por encima de su cabeza, y avanzó cautelosa y lentamente.

Estaba casi en el otro lado cuando se terminó el pasaje, que se había ido estrechando poco a poco hasta ser otra vez una muralla escarpada. El corte en el farallón no llegaba hasta el otro lado; la niña tuvo que dar media vuelta y volver sobre sus pasos. Cuando llegó a su punto de partida, miró al torrente que surgía por encima del borde y meneó la cabeza: no había otro camino.

El agua estaba fría cuando empezó a vadear el río y las corrientes eran fuertes. Nadó hasta el medio, dejó que la fuerza del agua la llevara bordeando las cataratas y después se volvió hacia la orilla del

ancho río que se había formado más abajo. Se cansó de nadar, pero ahora estaba más limpia que desde hacía algún tiempo, excepto su enredado y enmarañado cabello. Volvió a andar sintiéndose fresca, pero no por mucho tiempo.

El día era inusitadamente caluroso para fines de primavera, y cuando los árboles y las malezas dejaron paso a la pradera abierta, el cálido sol resultó agradable. Pero a medida que la ardiente bola ascendía, sus rayos calurosos se ensañaron en las pocas reservas que le quedaban a la niña. Por la tarde iba tambaleándose a lo largo de una estrecha franja de arena entre el río y un escarpado farallón. El agua chispeante reflejaba sobre ella el brillante sol, mientras la casi blanca arenisca devolvía luz y calor, sumándose al fulgor deslumbrante.

Del otro lado del río y más allá, se extendían hasta el horizonte pequeñas flores herbáceas blancas, amarillas y púrpuras, que armonizaban con el brillante y fresco verdor de la hierba a medio crecer, con una vida nueva. Pero la niña no se fijaba en la efímera belleza primaveral de la estepa: la debilidad y el hambre la hacían delirar y empezó a tener alucinaciones.

—Dije que tendría cuidado, madre. Sólo nadé un poco, pero ¿adónde te has ido? —murmuraba—. Madre, ¿cuándo vamos a comer? Tengo mucha hambre y hace mucho calor. ¿Por qué no viniste cuando te llamé? Llamé y llamé, pero tú no viniste. ¿Dónde has estado? ¿Madre? ¡Madre! ¡No te vayas de nuevo! ¡Quédate aquí! ¡Madre, espérame! ¡No me dejes!

Se encaminó hacia donde había visto el espejismo cuando ya la visión se desvanecía, siguiendo la base del farallón, pero éste se alejaba de la orilla del agua, apartándose del río. La niña estaba alejándose de su fuente de agua. Corriendo ciegamente, se golpeó el dedo gordo del pie con una piedra y cayó pesadamente, lo que casi la devolvió a la realidad. Se sentó frotándose el dedo y tratando de ordenar sus pensamientos.

La muralla dentada de piedra arenisca estaba perforada de oscuros accesos a cuevas y marcada por estrechas grietas y hendiduras. La dilatación y la contracción provocadas por cambios extremos en la temperatura, desde un calor agobiante hasta un frío por debajo de cero, habían quebrantado la roca blanda. La niña echó una ojeada a un orificio que había cerca del suelo, en el muro junto a ella, pero la insignificante gruta no le causó la menor impresión.

Mucho más impresionante era la manada de uros que pastaba pacíficamente la jugosa hierba nueva que crecía entre el farallón y el río. En su ciega precipitación por perseguir un espejismo, la pequeña no se había fijado en los enormes animales salvajes, de un castaño rojizo y casi dos metros de altura en la cruz, con inmensos cuernos curvos. Cuando se dio cuenta, un temor repentino barrió las últimas telarañas de su cerebro. Retrocedió pegándose a la muralla rocosa, sin apartar la vista de un corpulento toro que había dejado de pacer para observarla; entonces se dio media vuelta y echó a correr.

Miró hacia atrás por encima del hombro y contuvo la respiración al vislumbrar una súbita mancha en movimiento y se paró en seco. Una enorme leona, dos veces mayor que cualquier felino de los que poblarían las sabanas mucho más al sur en una era muy ulterior, había estado rondando la manada. La niña ahogó un grito al ver que la monstruosa gata se arrojaba sobre una vaca salvaje.

En un remolino de colmillos descubiertos y zarpas salvajes, la gigantesca leona derribó al enorme uro. En medio de un crujido de potentes quijadas, el mugido aterrado del bovino dejó súbitamente de oírse cuando el imponente carnívoro le abrió la garganta. Un surtidor de sangre mojó el hocico de la cazadora cuadrúpeda y manchó de carmesí su piel castaña oscura. Las patas del uro se agitaban espasmódicamente todavía cuando la leona le abría el estómago y le arrancaba un bocado de carne roja y caliente.

Un terror absoluto se adueñó de la niña: echó a correr dominada por el pánico mientras otro de los grandes gatos la observaba atentamente. La niña había penetrado sin saberlo en el territorio de los leones cavernarios. Normalmente, los grandes felinos habrían desdenado a una criatura tan pequeña como un humano de cinco años, pues escogían sus presas entre los robustos uros, los descomunales bisontes o los gigantesos ciervos para satisfacer las necesidades de la flor y nata de los hambrientos leones cavernarios. Pero la niña que huía se estaba acercando demasiado a la cueva que alojaba a un par de maullantes cachorros recién nacidos.

El león de melena desgreñada, que había quedado al cuidado de las crías mientras la leona cazaba, lanzó un rugido de advertencia. La niña levantó la cabeza y se quedó sin resuello al avistar al gigantesco gato agazapado sobre un saliente, preparándose para saltar. Gritó, se detuvo, resbaló, se cayó, se arañó la pierna con la grava suelta que había junto a la pared y gateó para darse la vuelta. Aguijoneada por un temor todavía mayor, volvió corriendo por donde había venido.

El felino cavernario brincó con una gracia lánguida, confiando en su habilidad para atrapar a la pequeña intrusa que se atrevía a profanar la santidad de la cueva-guardería. No tenía prisa –ella se movía despacio en relación con su fluida velocidad– y se sentía de humor para jugar al ratón y al gato.

En su pánico, sólo su instinto guió a la niña hacia un pequeño orificio junto al suelo en la fachada del farallón. Le dolía el costado y apenas podía respirar, pero se escurrió por un agujero justo lo suficientemente capaz para ella. Era una cueva minúscula, poco profunda, apenas una hendidura. Se revolvió en el reducido espacio hasta encontrarse de rodillas con la espalda pegada a la pared, tratando de fundirse con la roca sólida que tenía detrás.

El león cavernario rugió su frustración al llegar al agujero y ver que su presa se le escapaba. La niña tembló al oír el rugido y se quedó mirando con horror hipnótico cómo la fiera tendía la pata estirando sus garras curvas dentro del orificio. Incapaz de alejarse, vio cómo se le acercaba la garra y gritó de dolor al sentir que se le hundía en el muslo izquierdo rayándolo con cuatro profundos arañazos paralelos.

La niña se revolvió para ponerse fuera de su alcance y encontró una ligera depresión en la oscura muralla a su izquierda. Recogió sus piernas, se aplastó como pudo y contuvo la respiración. La garra volvió a meterse lentamente en el pequeño orificio tapando casi por completo la escasa luz que penetraba en el nicho, pero esta vez no encontró nada. El león cavernario rugió y siguió rugiendo mientras iba y venía frente al orificio.

La niña pasó el día entero en su estrecha cueva, también la noche y la mayor parte del día siguiente. La pierna se le hinchó y la herida infectada le producía un dolor constante, además de que el reducido espacio de la cueva de paredes ásperas no le permitía volverse ni estirarse. Estuvo delirando de hambre y dolor la mayor parte del tiempo, tuvo espantosas pesadillas de terremotos, garras agudas y un temor angustioso y solitario. Pero no fue ni su herida ni el hambre, ni siquiera su dolorosa insolación, lo que la sacó finalmente de su refugio: fue la sed.

La pequeña miró temerosamente por el pequeño orificio. Dispersos bosquecillos de sauces y pinos castigados por el viento proyectaban largas sombras al principio de la tarde. La niña estuvo mirando un buen rato el trozo de tierra cubierto de hierba y el agua chispeante más allá, antes de hacer suficiente acopio de valor para

salir; se lamió los agrietados labios con su lengua seca mientras examinaba el terreno. Sólo se movía la hierba agitada por el viento. La manada de leones se había esfumado; la leona, preocupada por sus pequeños y molesta por el olor extraño de la criatura desconocida que tan cerca estaba de su cueva, decidió buscar otra guarida para sus hijos.

La chiquilla salió del agujero y se puso en pie. La cabeza le golpeaba por dentro y veía manchas bailando vertiginosamente frente a sus ojos. Oleadas de dolor la envolvían a cada paso y sus heridas comenzaron a supurar un líquido verde-amarillo que chorreaba a lo largo de su pierna hinchada.

No estaba segura de poder llegar hasta el agua, pero su sed era insoportable. Cayó de rodillas y se arrastró los últimos pasos, gateando; después se tendió boca abajo y bebió vorazmente grandes tragos de agua fría. Cuando calmó finalmente su sed, intentó incorporarse de nuevo, pero había llegado al límite de su resistencia. Por delante de sus ojos seguían pasando manchas, la cabeza le daba vueltas y todo se oscureció mientras se desplomaba sobre el suelo.

Un ave de rapiña, que hacía círculos perezosos allá arriba, localizó la forma inmóvil y fue descendiendo para verla más de cerca.

CAPÍTULO 2

El grupo de viajeros atravesó el río un poco más allá de la cascada, donde la corriente se ensanchaba y levantaba espuma alrededor de las rocas que sobresalían del agua poco profunda. Eran veinte, jóvenes y viejos. El clan había contado veintiséis miembros antes del terremoto que destruyó su cueva. Dos hombres abrían el paso, muy por delante de un núcleo de mujeres y niños, flanqueados por un par de hombres mayores. Los varones jóvenes formaban la retaguardia.

Seguían el ancho río, que iniciaba su rumbo sinuoso, lleno de meandros, a través de la estepa, y observaron a las aves de rapiña volando en círculos. Si aún volaban, significaba que lo que había llamado su atención seguía con vida. Los hombres que iban delante apretaron el paso para investigar. Un animal herido era presa fácil para los cazadores, siempre que algún cuadrúpedo depredador no abrigara las mismas intenciones.

Una mujer, más o menos a mediados de su primer embarazo, avanzaba delante de las demás mujeres. Vio a los dos hombres-guía mirar al suelo y seguir su camino. «Debe de ser un carnívoro», pensó; el clan no solía comer animales carnívoros.

Medía poco más de un metro y treinta y cinco centímetros de estatura; era de huesos fuertes, robusta y patizamba, pero caminaba erecta sobre unas fuertes piernas musculosas y unos pies planos descalzos. Sus brazos, largos en proporción con el resto del cuerpo, estaban encorvados como sus piernas. Tenía una ancha nariz en forma de pico, una mandíbula prognata, que se proyectaba como un hocico, y carecía de barbilla. Su frente baja era estrecha e inclinada, y su cabeza, larga y grande, descansaba sobre un cuello corto y grueso. En la nuca tenía un nudo huesudo, un promontorio occipital que acentuaba su perfil posterior.

Un vello suave, corto y moreno, con tendencia a rizarse, cubría sus piernas y hombros y corría a lo largo de la parte superior de su espalda. Al llegar a la cabeza, se convertía en una cabellera pesada, larga y bastante tupida. La mujer estaba perdiendo ya su palidez invernal a cambio de un tostado veraniego. Sus ojos grandes, redondos y oscuros, profundamente sumidos bajo unas cejas prominentes, estaban llenos de curiosidad cuando aceleró el paso para ver lo que los hombres habían dejado atrás.

Para ser aquél su primer embarazo, la mujer era ya mayor; tenía casi veinte años y el clan la había creído estéril, hasta que comenzó a notarse la vida que se iniciaba dentro de ella. La carga que transportaba no se había visto aligerada porque estuviera embarazada. Llevaba un gran canasto sujeto a sus espaldas como un cuévano, con bultos atados detrás, colgando y amontonados encima; varias bolsas cerradas con cuerdas colgaban de una correa atada alrededor de la piel flexible que llevaba como un manto a la altura de las caderas, de modo que formaba dobleces y bolsas para guardar objetos. Una bolsa se distinguía especialmente: estaba hecha con piel de nutria, lo que resultaba evidente, pues se había curtido dejando intactas las patas, la cola y la cabeza.

En vez de abrir el vientre del animal, sólo se había hecho un corte en el cuello para poder sacar por ese orificio las vísceras, la carne y los huesos, dejando una bolsa entera. La cabeza, atada por una tira de piel a la espalda, era la tapadera; una cuerda de tendón teñido de rojo pasaba por los agujeros que rodeaban la abertura del cuello y estaba apretada y atada a la correa que la mujer llevaba alrededor de la cintura.

Cuando la mujer vio a la criatura que los hombres habían dejado atrás, se quedó intrigada por lo que parecía un animal sin pelo. Pero, al acercarse, se quedó boquiabierta y retrocedió un paso, echando mano a la pequeña bolsa de cuero que llevaba colgada del cuello, en un gesto inconsciente por apartar a los espíritus desconocidos. Tocó los pequeños objetos que llevaba en su amuleto, invocando protección, y se inclinó para ver más de cerca, sin atreverse a dar un paso, pero sin conseguir convencerse de que estaba viendo lo que realmente creía ver.

Sus ojos no la habían engañado. No era un animal lo que había atraído a las aves de rapiña, era una niña, ¡una niña flaca y de aspecto extraño!

La mujer echó una mirada a su alrededor, preguntándose qué otros temibles enigmas podría encontrar por allí cerca, y empezó a

rodear a la niña inconsciente, pero oyó un gemido. La mujer se detuvo y, olvidando sus temores, se arrodilló junto a la niña y la sacudió suavemente. La curandera comenzó a desatar la cuerda que mantenía cerrada la bolsa de nutria tan pronto como vio la infección de los arañosos y la pierna hinchada al rodar la niña sobre sí misma.

El hombre que iba a la cabeza de la tribu miró hacia atrás y vio a la mujer arrodillada junto a la niña. Volvió sobre sus pasos.

–¡Iza! ¡Ven! –ordenó–. Huellas de león cavernario más adelante.

–¡Es una niña, Brun! Está herida pero no muerta –replicó.

Brun miró a la niña flaca de frente alta, nariz pequeña y rostro curiosamente plano.

–No es del clan –dijo el jefe con un ademán seco y cortante, y se volvió para reanudar su marcha.

–Brun, es una niña y está herida. Morirá si la dejamos aquí. –Los ojos de Iza suplicaban mientras se expresaba con gestos de sus manos.

El jefe del pequeño clan se quedó mirando a la mujer que imploraba. Era mucho más alto que ella, medía más de metro y medio, sus músculos eran pesados y potentes, su pecho abultado y sus piernas fuertes y arqueadas. Su estereotipo era similar aunque más pronunciado: nariz más grande y arco superciliar más abultado. Sus piernas, estómago y pecho, así como la parte superior de su espalda, estaban cubiertos de pelos morenos y ásperos que no constituían una pelambre, pero casi, casi. Una barba tupida ocultaba su mandíbula sin barbilla. Su manto también se parecía al de ella, pero no era tan completo: era más corto y estaba atado de distinta manera, con menos dobleces y bolsas para guardar cosas.

No llevaba carga alguna, sólo su manto exterior de pieles, colgado de su espalda por una ancha banda de cuero enrollada a su frente inclinada, y sus armas. Sobre su muslo derecho había una cicatriz, ennegrecida como un tatuaje, más o menos en forma de U, con los rasgos superiores hacia fuera: era la marca del bisonte, su tótem. No necesitaba señal ni adorno alguno para poder ser identificado como líder. Su porte y la deferencia que los demás le mostraban evidenciaban suficientemente su posición.

Retiró del hombro el garrote que llevaba –era una larga pata de lantera de caballo– y lo apoyó en el suelo sosteniéndolo contra su muslo; Iza comprendió que estaba considerando seriamente la súplica que ella le había hecho. Esperó tranquilamente, disimulando su agitación, para dejarle pensar. Brun dejó en el suelo su pesada

lanza de madera, apoyando el mango en su hombro, con la afilada punta, endurecida al fuego, hacia arriba, y ajustó las boleadoras que llevaba colgadas del cuello junto con su amuleto, para que las tres bolas de piedra se equilibraran mejor. Entonces, de la correa que rodeaba su cintura, sacó un pedazo de gamuza flexible unido en ambos extremos y abultado en el medio para guardar las piedras destinadas a la honda, y se puso a tirar de la suave piel con sus manos, reflexionando.

A Brun no le gustaba tomar decisiones apresuradas respecto a nada insólito que pudiera afectar a su clan, especialmente ahora que estaban sin hogar, y resistió al impulso de negarse de buenas a primeras. «Debería haber supuesto que Iza querría ayudarla, pensó; incluso ha hecho uso de magia curativa algunas veces con animales, sobre todo con crías. Se va a contrariar si no le permito ayudar a esta niña. Que sea del clan o de los Otros es lo de menos: lo único que ve es una criatura herida. Bueno, quizá eso haga que sea una curandera tan buena.

»Pero curandera o no, sólo es una mujer. ¿Qué importa que se moleste? Iza se cuidará mucho de exteriorizarlo, y ya tenemos suficientes problemas sin una extraña enferma. Pero lo sabrá su tótem y todos los espíritus también. ¿Estarán más enojados si ella se ve contrariada? Si encontramos una cueva... no, cuando encontremos otra cueva, Iza tendrá que elaborar la bebida para la ceremonia de la cueva. ¿Y si comete un error por estar preocupada? Los espíritus enojados pueden hacer que todo salga mal... y ya están suficientemente enojados. Nada debe salir mal en la ceremonia de la nueva cueva.

»Pues que recoja a la niña, se dijo. Pronto se cansará de llevar a cuestas esa carga adicional; la niña se encuentra tan mal que ni siquiera la magia de mi hermana será lo suficientemente fuerte para salvarla.» Brun volvió a meter la honda en la correa que le servía de cinturón, recogió sus armas y se encogió de hombros, sin comprometerse. A ella le correspondía tomar la decisión: Iza podría llevarse a la niña con ellos o no, como quisiera. Brun se dio media vuelta y siguió su camino a grandes zancadas.

Iza metió la mano en su canasta y sacó un manto de cuero; cubrió con él a la niña, la envolvió bien, la levantó en vilo y la aseguró a su cadera con la piel flexible, sorprendida al sentir lo poco que pesaba para su estatura. La niña gimió al sentirse alzada; entonces Iza la acarició para tranquilizarla antes de echar a andar detrás de los dos hombres.

Las demás mujeres se habían detenido, manteniéndose alejadas de la conversación entre Iza y Brun. Cuando vieron que la curandera recogía algo y lo llevaba, sus manos volaron en rápidos ademanes, apoyados de vez en cuando por algunos sonidos guturales, discutiendo el asunto con mucha curiosidad. Con excepción de la bolsa de nutria, el resto de su vestimenta era igual al de Iza, y transportaban tanta carga como ella. Entre todas llevaban a cuestas todas las posesiones terrenales del clan, lo que se había podido rescatar de entre los escombros después del terremoto.

Dos de las siete mujeres llevaban niños de pecho en un repliegue de su manto y pegados a su piel, lo que facilitaba el darles de mamar. Mientras estaban esperando, una de ellas sintió una gota de humedad caliente; sacó a su hijito desnudo del pliegue y lo sostuvo mientras terminaba de orinar. Cuando no viajaban, los bebés solían estar envueltos en suaves mantillas de piel. Para absorber la humedad y las defecaciones lechosas, se acumulaban a su alrededor diversos materiales, como vellón de ovejas silvestres prendido en matorrales espinosos cuando los musmones estaban de muda, plumón del pecho de aves o borra de plantas fibrosas. Pero mientras viajaban, era más fácil y más sencillo llevar a los bebés desnudos y, sin dejar de andar, ponerles a que hicieran sus cosas sobre el suelo.

Cuando reanudaron la marcha, una tercera mujer cogió a un niño, sujetándolo contra su cadera con un manto de cuero de los empleados para transportar carga; pero al poco rato el chiquillo empezó a agitarse para bajar al suelo y andar solo. La madre dejó que se fuera, pues bien sabía que regresaría con ella tan pronto como se sintiera cansado. Una muchacha mayor, que todavía no era mujer pero que llevaba la misma carga que las demás, caminaba detrás de la mujer que seguía a Iza; de vez en cuando volvía la mirada hacia atrás, hacia un mozo que casi era un hombre y que avanzaba detrás de las mujeres. Éste se las arreglaba para dejar entre ellas y él la suficiente distancia para que pareciera que formaba parte del grupo de tres cazadores que constituían la retaguardia, y no del grupo de los niños. Se parecía por poder llevar también él alguna pieza de caza y envidiaba al viejo, uno de los que flanqueaban a las mujeres, que llevaba una enorme liebre al hombro, derribada por una piedra de su honda.

Los cazadores no eran la única fuente de alimentos para el clan. Con frecuencia las mujeres aportaban la mayor parte, y sus fuentes eran más seguras. A pesar de ir cargadas, recolectaban mientras viajaban, y lo hacían con tanta eficiencia que apenas retrasaban su

marcha. Una mancha de lirios diurnos era prontamente despojada de capullos y flores, y las raíces nuevas y tiernas quedaban al punto desenterradas con unos cuantos golpes de los palos de cavar. Las raíces de espadaña, arraigadas bajo la superficie de aguas pantanosas, eran todavía más fáciles de arrancar.

Si no hubieran estado de viaje, las mujeres habrían tenido buen cuidado de tomar nota de la ubicación de las altas plantas talludas para volver, cuando la estación estuviera más avanzada, a recoger los brotes tiernos de la parte superior, como verdura. Más adelante aún, el polen amarillo, mezclado con el almidón obtenido de las fibras de raíces viejas mojadas, se convertiría en unos bizcochos pastosos sin levadura. Una vez secas las partes de arriba, se recogería la borra; algunas de las canastas estaban hechas con tallos y hojas duras. Ahora sólo recogían lo que encontraban al pasar, pero no se les pasaba mucho por alto.

Cortaban los brotes nuevos y las hojas tiernas del trébol, de la alfalfa, del diente de león; arrancaban las púas del cardo antes de cortarlo y recogían algunas bayas y frutas tempranas. Los agudos palos de cavar estaban constantemente ocupados, y nada quedaba a salvo de su punta en las hábiles manos femeninas. Los empleaban como palancas para dar vuelta a troncos caídos en busca de tritoncillos y deliciosos gusanos gordos; pescaban moluscos de agua dulce en los ríos y los acercaban a la ribera para facilitar su captura; extraían de la tierra diversidad de bulbos, tubérculos y raíces.

Todo ello iba siendo depositado en los prácticos repliegues de los mantos de las mujeres o en algún rincón vacío de sus canastas. Las hojas verdes servían para envolver; algunas de ellas, como las de bardana, se cocían como verduras. También recogían la leña seca, las ramillas y la hierba, así como el excremento de los herbívoros. Aun cuando la selección sería más variada una vez que el verano avanzara, había alimentos abundantes... para quien sabía dónde buscar.

Iza levantó la mirada cuando un anciano, de más de treinta años, llegó cojeando hasta ella una vez que hubieron reanudado la marcha. No llevaba arma ni carga, sólo un largo cayado para ayudarse a andar. Su pierna derecha estaba lisiada y era más corta que la izquierda, pero aun así se las arreglaba para moverse con una agilidad sorprendente.

Tenía atrofiados el hombro y el brazo derechos, y el brazo seco había sido amputado más abajo del codo. El fuerte hombro, el brazo

y la pierna de su lado izquierdo, musculosos y plenamente desarrollados, le daban el aspecto de estar torcido. Su enorme cráneo era todavía mayor que los del resto del clan. Las complicaciones de su nacimiento habían sido causa del defecto que le había dejado baldado de por vida.

Era también hermano de Iza y Brun, el mayor, y habría sido jefe de no haber nacido tullido. Vestía un manto de cuero cortado al estilo masculino y llevaba sobre sus espaldas, como los demás hombres, su piel peluda por fuera, la cual usaba también para dormir. Pero de la correa que le rodeaba la cintura llevaba colgadas varias bolsas, y un manto del mismo estilo del que empleaban las mujeres envolvía un gran bulto que cargaba a la espalda.

El lado izquierdo de su rostro tenía horribles cicatrices y le faltaba un ojo, pero el derecho estaba bien y destellaba inteligencia junto con algo más. A pesar de su cojera, se movía con una gracia que provenía de su gran sabiduría y de la seguridad que le daba su puesto dentro del clan. Era Mog-ur, el mago más poderoso, el más imponente y más reverenciado hombre santo de todos los clanes. Estaba convencido de que su cuerpo arruinado le había sido dado para que pudiera ocupar su lugar de intermediario ante el mundo espiritual y no a la cabeza de su clan. En muchos aspectos su poder era mayor que el de cualquier jefe, y él lo sabía. Sólo sus parientes próximos recordaban el nombre que le fue dado al nacer y lo usaban al hablarle.

—Creb —dijo Iza, saludándolo y reconociendo su llegada con un movimiento que significaba el placer que le proporcionaba su presencia.

—¿Iza? —preguntó él con un gesto dirigido hacia la criatura que llevaba. La mujer abrió su manto y Creb observó detenidamente el rostro menudo y encendido. Su mirada llegó hasta la pierna hinchada y la herida que supuraba antes de volverla hacia el rostro de la curandera y leer en sus ojos. La niña gimió y la expresión de Creb se ablandó. Afirmó con un gesto de la cabeza.

—Bueno —dijo. El sonido era ronco y gutural. Entonces hizo una señal como para indicar: «Ya han muerto suficientes».

Creb se quedó junto a Iza. No tenía que someterse a las reglas tácticas que definían la posición de cada persona y su situación; él podía caminar junto a cualquiera, incluyendo al jefe si así lo deseaba. Mog-ur estaba por encima y aparte de la estricta jerarquía del clan.

Brun condujo a los suyos mucho más allá de las huellas de los leones cavernarios antes de detenerse para examinar el paisaje. Del

otro lado del río, hasta donde alcanzaba la vista, la pradera se extendía en bajas colinas que ondulaban hasta perderse en un espacio plano y verde a lo lejos. Su vista no encontraba obstáculos. Los pocos árboles atrofiados, deformados por el viento incesante cual caricaturas en movimiento interrumpido, apenas prestaban perspectiva al campo abierto y subrayaban su vacuidad.

Cerca del horizonte, una nube de polvo revelaba la presencia de una numerosa manada de animales ungulados: Brun intentó vanamente señalar su presencia a sus cazadores y correr tras ellos. A sus espaldas sólo podían verse las copas de las coníferas detrás de los árboles deciduos, más bajos, de la selva que ya se veía empuñada por la vastedad de la estepa.

De este lado del río la pradera terminaba abruptamente, cortada por el farallón que estaba ya a cierta distancia y se apartaba cada vez más río abajo. La cara rocosa de la abrupta muralla se fundía con los contrafuertes de majestuosas montañas coronadas de hielo que se erguían allí cerca; sus picos helados, vibrantes de vivos tonos rosa, púrpura, violáceo y rojo, reflejaban el sol poniente, cual gigantescas joyas rutilantes que coronaban las cimas soberanas. El propio jefe, sumido en sus prosaicas reflexiones, se sintió conmovido por el espectáculo.

Se apartó del río y condujo a su clan hacia el farallón que brindaba la posibilidad de encontrar cuevas. Necesitaban un refugio; pero, lo que era casi más importante, sus espíritus totémicos protectores necesitaban un hogar, si es que no habían abandonado ya al clan. Estaban furiosos, el terremoto así lo demostraba, tan furiosos como para causar la muerte de seis de sus miembros y haber destruido su hogar. Si no se encontraba un lugar permanente para los espíritus totémicos, dejarían al clan a merced de los perversos, que causaban enfermedad y alejaban la caza. Nadie sabía por qué estaban enojados los espíritus, ni siquiera Mog-ur, aun cuando todas las noches celebraba ritos con el fin de calmar su ira y contribuir a aliviar la ansiedad del clan. Todos estaban preocupados, pero ninguno de ellos lo estaba tanto como Brun.

El clan era responsabilidad suya, y él sentía la tensión a la que estaba sometido. Los espíritus, esas fuerzas invisibles cuyos deseos eran insondables, le desconcertaban. Se encontraba más a gusto en el mundo físico de la cacería y de la dirección de su clan. Ninguna de las cuevas que había visitado hasta entonces era apropiada; a cada una de ellas le faltaba alguna condición esencial, y empezaba a desesperar. Se estaban perdiendo, en la búsqueda de un nuevo

hogar, preciosos días cálidos durante los cuales deberían haber estado almacenando alimentos para el invierno siguiente. Pronto se vería obligado a resguardar a su clan en una cueva que distaría mucho de ser la adecuada, y habría que reanudar la búsqueda al año siguiente. Eso sería perturbador, tanto emocional como físicamente, y Brun esperaba fervientemente no tener que verse en esa situación.

Caminaron a lo largo de la base del farallón mientras se alargaban las sombras. Cuando llegaron cerca de una cascada que se precipitaba desde el risco y se pulverizaba formando un brillante arco iris a los rayos del sol, Brun mandó que se detuvieran. Cansadamente, las mujeres dejaron su carga en el suelo y se desplegaron por la orilla de la poza que estaba debajo y de su angosto arroyo en busca de leña.

Iza tendió su manto de piel y acostó a la niña encima, antes de dedicarse a ayudar a las demás mujeres. Estaba preocupada por la niña: su respiración era entrecortada y aún no se había movido; incluso su gemido era menos frecuente. Iza había estado pensando en la manera de ayudarla repasando las hierbas secas que llevaba en su bolsa de nutria y, mientras recogía leña, examinaba las plantas que crecían por allí. Para ella, le fuera conocido o no, todo tenía algún valor, medicinal o alimenticio, aunque realmente era muy poco lo que no supiera identificar.

Cuando vio largos tallos de lirio a punto de florecer en la orilla fangosa del arroyuelo, una de sus preguntas encontró respuesta; los arrancó de raíz. Las hojas trilobadas del lúpulo, que trepaba abrazando uno de los árboles, le dio otra idea, pero decidió utilizar el lúpulo seco en polvo que llevaba consigo, pues la fruta cónica no había madurado aún. Arrancó una suave corteza grisácea de un joven aliso que crecía junto a la poza y la olfateó: desprendía un fuerte aroma; la curandera aprobó con un gesto para sí misma mientras lo metía en un pliegue de su manto. Antes de volver a toda prisa junto a las demás, arrancó varios puñados de hojas nuevas de trébol.

Cuando se reunió toda la leña y se preparó el sitio para encender el fuego, Grod, el hombre que caminaba delante al lado de Brun, descubrió un ascua encendida envuelta en musgo y conservada en el extremo vacío de un asta de uro. Podían prender fuego, pero cuando viajaban por territorio desconocido era más fácil coger un carbón del fuego de un campamento y mantenerlo encendido para iniciar el siguiente que dedicarse cada noche a encender uno nuevo con materiales posiblemente inadecuados.

Grod había alimentado el ascua ardiente con gran ansiedad mientras viajaban. El carbón encendido procedente del fuego de la noche anterior provenía, a su vez, de un carbón encendido en el fuego de la noche anterior a la víspera, y podía seguirse la pista hasta el fuego que habían atizado en la boca de la vieja caverna. Para que los ritos hicieran que una nueva cueva fuera una residencia apropiada, tenían que iniciarse con el fuego de un carbón cuya lumbre original proviniera de su residencia anterior.

El mantenimiento del fuego sólo podía confiarse a un varón de alta jerarquía. Si el carbón llegara a apagarse, sería una señal segura de que sus espíritus protectores los habían abandonado y Grod sería degradado de segundo-al-mando hasta la posición masculina más baja del clan; una humillación que no podía ni siquiera imaginarse. Gozaba de un honor muy grande que le imponía una pesada responsabilidad.

Mientras Grod colocaba cuidadosamente el trozo de carbón ardiente en un lecho de yesca seca y soplabla hasta sacar llamas, las mujeres se dedicaban a otras tareas. Con técnicas que les habían sido transmitidas desde generaciones atrás, desollaron rápidamente las piezas cazadas. Poco después de que el fuego ardiera alegremente, ya estaba asándose la carne atravesada por varas verdes afiladas colocadas sobre ramas bifurcadas. El calor era tan fuerte que la tostaba rápidamente por fuera dejando el jugo dentro, de modo que cuando el fuego convirtió la leña en carbón, poco quedaba que pudieran consumir las llamas.

Con los mismos afilados cuchillos de piedra que empleaban para despellejar y cortar la carne, las mujeres raspaban y rebanaban raíces y tubérculos. Llenaron de agua recipientes tejidos tupidamente a prueba de filtraciones y cuencos de madera, e introdujeron en ellos piedras calientes; cuando éstas se enfriaban, volvían a ponerlas al fuego, al mismo tiempo que introducían otras ya calientes en el agua para que hirviera y se cocieran las verduras. Tostaron gordos gusanos hasta que se tornaron crujientes y asaron lagartijas hasta que su ruda piel se ennegreció y estalló, dejando a la vista jugosas porciones de carne bien cocida.

Iza efectuó sus propios preparativos mientras ayudaba a hacer la comida. En un cuenco de madera que había vaciado en un trozo de tronco muchos años atrás, puso agua a hervir. Lavó las raíces de lirio y las masticó hasta hacer con ellas una pulpa que escupió dentro del agua hirviendo. En otro cuenco —una parte de quijada inferior de gamo en forma de taza— aplastó hojas de trébol, midió cierta

cantidad de lúpulo en polvo en su mano, hizo tiritas la corteza de aliso y vertió encima agua hirviendo. Entonces molió carne seca y dura de sus raciones de reserva para emergencias hasta formar una tosca papilla entre dos piedras, mezclando después la proteína concentrada con agua que había servido para cocer las verduras, en un tercer cuenco.

La mujer que había caminado detrás de Iza echaba de vez en cuando una mirada hacia ésta, con la esperanza de que hiciera algún comentario. Todas las mujeres, y también los hombres, aun cuando no lo manifestaran, estaban consumidos por la curiosidad. Habían visto a Iza recoger a la niña y todos habían encontrado alguna buena razón para pasar al lado de la piel de Iza una vez establecido el campamento. Se especulaba mucho sobre la razón de que la niña estuviera allí, sobre dónde estaría el resto de su gente y, por encima de todo, por qué habría permitido Brun que Iza se trajera consigo una niña que, obviamente, era de los Otros.

Ebra sabía mejor que nadie lo presionado que se sentía Brun. Era ella quien trataba de aliviar la tensión de su cuello y sus hombros a fuerza de masajes, y era ella quien soportaba el peso de su humor nervioso, tan raro en el hombre que era su compañero. Brun era conocido por su autodomínio, y ella sabía que lamentaba sus estallidos aun cuando no incrementaría su falta admitiéndolo. Pero Ebra misma se preguntaba por qué habría permitido que aquella criatura viniera con ellos, especialmente cuando cualquier desviación de la conducta normal podría exacerbar la ira de los espíritus.

Por mucha curiosidad que sintiera, Ebra no hizo preguntas a Iza, y ninguna de las demás mujeres gozaba de posición suficientemente alta para considerar siquiera la posibilidad de hacerlo. Nadie molestaba a una curandera cuando ésta se encontraba tan visiblemente ocupada en su magia, e Iza, por su parte, no estaba de humor para charlar ociosamente. Su preocupación estaba centrada en la niña que necesitaba su ayuda. También Creb estaba interesado en la niña, pero Iza agradecía su presencia.

Le observó con silenciosa gratitud cuando el mago se acercó a la niña inconsciente, la contempló reflexivamente un buen rato y después, apoyando su báculo contra una roca, se puso a hacer movimientos ondulantes por encima de ella, con su única mano: una invocación a los espíritus benévolos, para que la ayudaran a restablecerse. La enfermedad y los accidentes eran manifestaciones misteriosas de la guerra entre los espíritus. La magia de Iza procedía de espíritus protectores que actuaban por intermedio de ella,

pero ninguna curación resultaba completa sin el hombre santo. Una curandera era un simple agente de los espíritus; un mago intercedía directamente ante ellos.

Iza no sabía por qué la preocupaba tanto una niña tan diferente del clan, pero deseaba que viviera. Una vez que Mog-ur hubo terminado, Iza cogió a la niña en sus brazos y la llevó hasta la poza que había al pie de la cascada. La sumergió toda, dejándole sólo la cabeza fuera, y lavó la tierra y el lodo seco que cubría el delgado cuerpecillo. El agua fría despertó a la niña, pero estaba delirando. Se agitaba, se retorció, llamaba y emitía sonidos diferentes a todo lo que había oído anteriormente. Iza estrechó a la niña contra su cuerpo mientras regresaba emitiendo agradables murmullos que sonaban a suaves gruñidos.

Con suavidad, a la vez que con experimentada eficacia, Iza lavó las heridas con un trozo de piel de conejo porosa, previamente empapada en el líquido caliente en que había hervido la raíz del lirio. Entonces quitó la pulpa roja, la puso directamente sobre las heridas, la cubrió con la piel de conejo y envolvió la pierna de la niña en tiras de suave gamuza para mantener la cataplasma en su sitio. Sacó del cuenco de hueso el trébol molido, las tiras de corteza de aliso y las piedras con una ramita en forma de horquilla, y lo puso a enfriar junto al tazón de caldo caliente.

Creb hizo un ademán interrogativo hacia los tazones. No era una pregunta directa –ni siquiera Mog-ur preguntaría directamente a una curandera acerca de su magia–, sólo revelaba interés. A Iza no le importaba que su hermano mostrara interés; él, mejor que nadie, apreciaba su sabiduría. Empleaba algunas de las mismas hierbas que ella, pero para diferentes fines. Excepto en las reuniones de clanes, donde había otras curanderas, hablar con Creb era lo más parecido a una discusión con una colega profesional.

–Esto destruye los malos espíritus que causan la infección –explicó Iza con gestos, señalando la solución antiséptica de raíz de lirio–. Una cataplasma de raíz extrae los venenos y ayuda a sanar la herida. –Cogió el cuenco de hueso y metió dentro un dedo para comprobar la temperatura–. El trébol fortalece el corazón para combatir contra los malos espíritus, lo estimula. –Iza articulaba pocas palabras cuando hablaba, y lo hacía sobre todo para dar énfasis a lo que decía. La gente del clan no podía articular suficientemente bien como para tener un lenguaje verbal completo; se comunicaba más bien mediante gestos y movimientos, pero su lenguaje mímico era plenamente comprensible y abundaba en matices.

–El trébol es alimento. Anoche lo comimos –señaló Creb.

–Sí –asintió Iza–, y también esta noche. La magia consiste en la manera de prepararlo. De un manojo grande hervido en poca agua se extrae lo necesario y se tiran las hojas. –Creb hizo señas de que comprendía y ella prosiguió–: La corteza de aliso limpia la sangre, la purifica, saca los espíritus que la envenenan.

–También has empleado algo de tu bolsa de medicinas.

–Lúpulo pulverizado, los conos maduros con pelillos, para calmarla y hacer que duerma. Mientras pelean los espíritus, ella necesita descansar.

Creb asintió nuevamente con la cabeza; estaba familiarizado con las virtudes soporíficas del lúpulo, que producía un estado de euforia leve en otro uso distinto. Aunque siempre le interesaban los tratamientos de Iza, pocas veces revelaba nada respecto a las maneras en que él mismo utilizaba la magia vegetal. Esos conocimientos esotéricos eran para los mog-ures y sus acólitos, no para las mujeres, aunque fueran curanderas. Iza sabía mucho más sobre las propiedades de las plantas que él, y Mog-ur tenía miedo de que ella dedujera demasiado. Sería muy poco propicio que adivinara mucho acerca de su magia.

–¿Y el otro tazón? –preguntó.

–Es sólo caldo. La pobre criatura estaba medio muerta de hambre. ¿Qué crees tú que haya podido sucederle? ¿De dónde vendrá? ¿Dónde estará su gente? Seguramente anduvo vagando por ahí días enteros.

–Sólo los espíritus lo saben –replicó Mog-ur–. ¿Estás segura de que tu magia curativa obrará en ella? No es del clan.

–Debería obrar; también los Otros son humanos. ¿Recuerdas que nuestra madre nos contaba la historia de aquel hombre con un brazo roto, al que su madre ayudó? La magia del clan surtió efecto en él, aun cuando decía nuestra madre que tardó en recuperarse de la medicina para dormir más tiempo de lo que se esperaba.

–Es una lástima que nunca hayas conocido a la madre de nuestra madre. Era una curandera tan buena que venía gente de los demás clanes para consultarla. Lástima que se fuera al mundo de los espíritus tan pronto después de tu nacimiento, Iza. Ella me contó lo del hombre, y también lo hizo el Mog-ur anterior a mí. El hombre se quedó algún tiempo después de restablecerse y cazó con el clan. Debe de haber sido buen cazador, pues se le permitió unirse a una ceremonia de caza. Es verdad, son humanos, pero también diferentes. –Mog-ur se interrumpió; Iza era demasiado sagaz, no se le

podía decir mucho so pena de que comenzara a sacar algunas conclusiones respecto a los ritos secretos de los hombres.

Iza volvió a examinar sus tazones, y entonces, colocando la cabeza de la niña sobre su regazo, se puso a alimentarla a pequeños sorbos con el contenido del tazón de hueso. Fue más fácil suministrarle el caldo. La niña murmuró algo incoherente y trató de apartar la medicina amarga, pero hasta en medio de su delirio su cuerpo hambriento anhelaba comer. Iza la sostuvo hasta que se sumió en un sueño tranquilo; luego comprobó los latidos de su corazón y su respiración. Había hecho todo lo que podía. Si la niña no había traspasado el límite de su resistencia tenía una oportunidad. Ahora le correspondía a los espíritus y a la fuerza interior de la niña hacer el resto.

Iza vio que Brun se acercaba a ella y que la miraba con disgusto. Se levantó rápidamente y corrió para ayudar a servir la cena. El jefe había apartado de su mente a la niña extraña, una vez pasada su reflexión inicial, pero ahora abrigaba ciertas reservas. Aun cuando era costumbre apartar la mirada para evitar quedarse mirando a la gente que hablaba entre sí, no pudo dejar de observar lo que estaba comentando su clan. Al ver que estaban intrigados porque él había permitido que la niña viniera con ellos, también él comenzó a hacerse preguntas. Comenzó a temer que la ira de los espíritus fuera en aumento debido a la extraña criatura que había entre ellos. Se desvió para cruzarse con la curandera, pero Creb le vio y se lo llevó aparte.

—¿Pasa algo malo, Brun? Pareces preocupado.

—Iza debe dejar aquí a la niña, Mog-ur: no es del clan; los espíritus se van a disgustar si sigue con nosotros mientras buscamos una caverna nueva. No debería haber permitido que Iza la trajera.

—No, Brun —le contradijo Mog-ur—, los espíritus protectores no están enojados por la bondad. Ya conoces a Iza: no puede soportar ver que algo sufre sin prestar su ayuda. ¿No crees que también los espíritus la conocen? Si no quisieran que Iza la ayudara, la niña no habría sido puesta en su camino. Tiene que haber alguna razón para ello. De todos modos, la niña puede morir, Brun, pero si Ursus quiere llamarla al mundo de los espíritus, deja que él tome la decisión. Ahora no interfieras. Seguramente morirá si la dejamos aquí.

A Brun no le gustaba aquello; había algo en la niña que le molestaba, pero sometiéndose al superior conocimiento que Mog-ur tenía en lo referente al mundo de los espíritus, dio su aquiescencia.

Creb se quedó sentado, sumido en un silencio contemplativo, después de la cena, esperando que todos terminaran de comer para

poder iniciar la ceremonia vespertina mientras Iza le arreglaba su lecho y hacía los preparativos para la mañana siguiente. Mog-ur había prohibido que hombres y mujeres durmieran juntos antes de que se encontrara otra cueva, para que los hombres pudieran concentrar todas sus energías en los rituales y que cada quien tuviera la impresión de estar esforzándose por lograr un nuevo hogar.

A Iza no le afectaba; su compañero había sido uno de los que habían muerto en el derrumbe. Había llevado su luto con el pesar debido en su funeral –habría dado mala suerte no hacerlo–, pero no se sentía desdichada por su pérdida. No era un secreto que había sido un hombre cruel y exigente. Nunca había existido afecto entre ellos. Ella no sabía lo que decidiría hacer Brun con ella, ahora que estaba sola. Alguien tendría que sustentarla, a ella y a la criatura que llevaba en su seno; lo único que esperaba era poder seguir cocinando para Creb.

Él había compartido su fuego desde el principio. Iza comprendía que a él tampoco le agradaba su compañero aun cuando nunca se inmiscuyó en los problemas internos de sus relaciones. Siempre había considerado Iza que era un honor cocinar para Mog-ur; más aún, había desarrollado un vínculo de afecto hacia su hermano semejante al que muchas mujeres llegan a experimentar por su compañero.

Iza sentía a veces lástima por Creb; podría haber tenido compañera propia si hubiera querido. Pero ella sabía que, a pesar de su gran magia y su situación privilegiada, ninguna mujer miraba jamás su cuerpo deforme y su rostro cubierto de cicatrices sin sentir asco, y estaba segura de que él lo sabía. Nunca tomó compañera y se mantuvo apartado. Eso incrementaba su categoría. Todos, incluyendo a los hombres, con excepción tal vez de Brun, temían a Mog-ur o lo miraban con un temor reverente. Todos menos Iza, que había conocido su dulzura y su sensibilidad desde que nació; era una parte de su naturaleza que Mog-ur desvelaba muy pocas veces.

Y esa parte de su propia naturaleza era lo que ocupaba en aquellos momentos los pensamientos del gran Mog-ur. En vez de meditar sobre la ceremonia de aquella noche, estaba pensando en la niña. A menudo había sentido curiosidad sobre su especie, pero la gente del clan evitaba a los Otros en lo posible, y hasta entonces nunca había visto a uno de sus miembros jóvenes. Sospechaba que el terremoto tenía algo que ver con que anduviera sola, aun cuando le sorprendía que hubiera gente de aquella tan cerca. Por lo general vivían mucho más al norte.

Observó que algunos hombres abandonaban el campamento y entonces se levantó apoyándose en su báculo para vigilar los preparativos. El ritual era prerrogativa y deber masculino. En muy raras ocasiones se permitía que las mujeres tomaran parte en la vida religiosa del clan, y les estaba totalmente prohibido asistir a estas ceremonias. No podría haber desastre tan grande como que una mujer presenciara los ritos secretos de los hombres. No sólo traería mala suerte, sino que alejaría a los espíritus protectores. El clan entero moriría.

Pero no había mucho peligro de que eso sucediera. Nunca se le ocurriría a una mujer aventurarse por las cercanías de un ritual tan importante. Ellas esperaban esos momentos para descansar, liberadas de las exigencias constantes de los hombres y de la necesidad de portarse con el decoro y el respeto debidos. Era muy duro para las mujeres tener a su vera a los hombres todo el tiempo, especialmente cuando éstos se mostraban tan nerviosos y se desahogaban con sus compañeras. En circunstancias normales, ellos se iban de cacería durante prolongados espacios de tiempo. Las mujeres sentían la misma ansia por encontrar un nuevo hogar, pero no podían hacer gran cosa. Brun fijaba la dirección que habían de seguir y a ellas no se les pedía consejo, ni podrían haberlo dado.

Las mujeres dependían de sus hombres para dirigir, asumir responsabilidades y tomar decisiones importantes. El clan había cambiado tan poco en casi cien mil años que ahora todos se sentían incapaces de cambiar, y comportamientos que otrora fueran adaptaciones de conveniencia se habían quedado fijados genéticamente. Tanto hombres como mujeres aceptaban sus papeles sin discutir; eran inflexiblemente incapaces de asumir cualesquiera otros. Eran tan incapaces de tratar de cambiar sus relaciones como de intentar tener un tercer brazo o modificar la forma de su cerebro.

Una vez que los hombres se alejaron, las mujeres se reunieron alrededor de Ebra con la esperanza de que Iza se les uniera, para poder satisfacer su curiosidad; pero Iza estaba agotada y no quería dejar sola a la niña. Se tendió a su lado tan pronto como Creb se alejó y envolvió su cuerpo y el de la niña con su capa de piel. Durante un rato se quedó observando a la niña bajo la luz mortecina del fuego que se apagaba.

«Qué cosita tan peculiar, se decía; en cierto modo, más bien fea. Tiene la cara tan plana; con esa frente abombada y alta, y esa naricilla tan chiquita, y qué protuberancia ósea tan rara debajo de la boca. Me pregunto qué edad tendrá. Más joven de lo que pensé al

principio; está tan alta que lleva a engaño. Y tan flaca que siento todos sus huesos. Pobre criatura. ¿Cuánto llevará sin comer, vagando sola por ahí?» Iza rodeó con su brazo protector a la criatura. La mujer, que había ayudado incluso a crías de animales, no podía hacer menos por la flacucha y desnutrida niña. El tierno corazón de la curandera se volcó sobre la vulnerable criatura.

Mog-ur se mantuvo aparte mientras los hombres iban llegando y ocupaban su lugar detrás de las piedras que habían sido ordenadas en un pequeño círculo dentro de un círculo de antorchas más amplio. Estaban en la estepa abierta, lejos del campamento. El mago esperó a que todos los hombres hubieran tomado asiento y un poco más, y entonces avanzó al centro del círculo con una rama de madera aromática ardiendo. Puso la pequeña antorcha en el suelo delante del lugar vacío detrás del cual estaba su báculo.

Se quedó muy erguido sobre su pierna buena en medio del círculo y miró por encima de las cabezas de los hombres sentados, a lo lejos, con una mirada soñadora y desenfocada, como si estuviera viendo con su único ojo un mundo que para los demás era invisible. Envuelto en su gruesa piel de oso cavernario, que disimulaba las formas irregulares de su cuerpo asimétrico, conformaba una presencia imponente aun cuando extrañamente irreal. Un hombre y, sin embargo, con su forma distorsionada, no del todo un hombre; ni más ni menos, sino diferente. Sus mismas deformidades le prestaban una cualidad sobrenatural que nunca era tan aterradora como cuando Mog-ur dirigía una ceremonia.

De repente, con un gesto ceremonioso, presentó una calavera. La sostuvo muy por encima de su cabeza con su fuerte brazo izquierdo y la hizo girar lentamente formando un círculo completo, para que todos y cada uno de los hombres pudieran ver la forma grande, característica, abombada. Los hombres se quedaron mirando la calavera del oso cavernario que brillaba, en su blancura, a la luz vacilante de las antorchas. La puso enfrente de la pequeña antorcha que había en el suelo y se agachó detrás de ella, cerrando el círculo.

Un joven que se encontraba a su lado se puso en pie y cogió un cuenco de madera. Tenía más de once años y la ceremonia de su virilidad se había verificado poco antes del terremoto. Goov había sido escogido como acólito cuando era pequeño, y a menudo había auxiliado a Mog-ur en los preparativos, pero los acólitos no podían tomar parte en una ceremonia real mientras no fueran

hombres. La primera vez que Goov desempeñó su nuevo papel fue después de iniciada la búsqueda y todavía estaba nervioso.

Encontrar una cueva tenía para Goov un significado especial. Era su oportunidad para aprender del propio gran Mog-ur los detalles de una ceremonia que se celebraba pocas veces y que era difícil de describir, mediante la cual una caverna se volvía aceptable como residencia. De niño temía al mago, aun cuando comprendía el honor que representaba haber sido elegido. Desde entonces, el joven había aprendido que el inválido no era solamente el más experto mog-ur de todos los clanes, sino que, además, tenía un corazón dulce y amable debajo de su aspecto austero. Goov respetaba a su mentor y lo amaba.

El acólito había comenzado a preparar la bebida que había en el cuenco tan pronto como Brun dio órdenes de detenerse. Comenzó machacando entre dos piedras plantas enteras de datura. La parte difícil consistía en calcular la cantidad y proporción de hojas, tallos y flores que habrían de emplearse. Se echaba agua hirviendo sobre las plantas machacadas y la mezcla se quedaba en maceración hasta la ceremonia.

Goov había vertido la fuerte infusión de datura en el cuenco especial de ceremonias, filtrándola entre sus dedos, justo antes de que Mog-ur ingresara en el círculo, y esperaba ansiosamente que el hombre santo diera su aprobación con un movimiento de la cabeza. Mientras Goov lo sostenía, Mog-ur tomó un sorbo, aprobó con un gesto y después bebió; Goov exhaló un suspiro sordo de alivio. Entonces fue pasando el cuenco a cada uno de los hombres, por orden jerárquico, comenzando por Brun. Él lo sostenía mientras bebían, controlando la parte que cada uno tomaba, y él fue el último en beber.

Mog-ur esperó a que Goov se sentara y entonces hizo una seña. Los hombres empezaron a golpear la tierra rítmicamente con el extremo romo de sus lanzas. El sordo golpeteo de las lanzas pareció intensificarse cada vez más hasta que no se oyó ningún otro sonido. Todos se sintieron contagiados por aquel redoble regular; después se pusieron en pie y comenzaron a moverse siguiendo el compás. El hombre santo contemplaba la calavera y su intensa mirada atrajo la atención de los hombres hacia la reliquia sagrada como si él los obligara. Determinar el momento oportuno era lo fundamental y él era maestro de la oportunidad. Esperó justo lo suficiente para que la tensión alcanzara su cima –un poco más y ese punto de máxima inflexión se habría disipado– y entonces miró a su hermano, el

hombre que encabezaba al clan. Brun se puso de cuclillas delante de la calavera.

–Espíritu del Bisonte, tótem de Brun –entonó Mog-ur. En realidad sólo pronunció una palabra: «Brun». Lo demás lo dijo con gestos de su única mano sin vocalizar ninguna palabra más. Todo lo que vino después fueron movimientos formales, el viejo lenguaje mudo empleado para comunicarse con los espíritus y con otros clanes, cuyas pocas palabras guturales y gestos de las manos eran distintos. Con símbolos silenciosos, Mog-ur imploró al Espíritu del Bisonte que les perdonara cualesquiera faltas que hubieran cometido y que le hubieran ofendido, y solicitaba su ayuda.

–Este hombre ha honrado siempre a los Espíritus, Gran Bisonte, siempre ha conservado las tradiciones del clan. Este hombre es un jefe fuerte, un jefe sabio, un jefe justo, un buen cazador, buen proveedor y hombre que se controla, digno del Poderoso Bisonte. No abandones a ese hombre; orienta al jefe hacia un nuevo hogar, un lugar en que el Espíritu del Bisonte se encuentre a gusto. Este clan implora la ayuda del tótem de este hombre –concluyó el hombre santo. Entonces miró al segundo-al-mando. Mientras retrocedía Brun, Grod se agachó delante de la calavera del oso cavernario.

Ninguna mujer podía ser autorizada a presenciar la ceremonia, a enterarse de que sus hombres, que mandaban con fuerza imperterrita, rogaban y suplicaban a los espíritus invisibles de la misma manera que las mujeres rogaban y suplicaban a los hombres.

–Espíritu del Oso Pardo, tótem de Grod –comenzó una vez más Mog-ur, y procedió a una súplica formal similar dirigida al tótem de Grod. A continuación hizo lo mismo con todos los demás hombres, uno por uno. Cuando terminó, siguió contemplando la calavera mientras los hombres golpeaban la tierra con sus lanzas, dejando nuevamente que la tensión se acumulara.

Todos sabían lo que vendría después, ya que la ceremonia no cambiaba nunca; era la misma, noche tras noche, pero aun así, estaban a la expectativa. Esperaban que Mog-ur apelara al espíritu de Ursus, el gran oso cavernario, su tótem personal y el más reverenciado entre los espíritus.

Ursus era algo más que el tótem de Mog-ur; era el tótem de todos, y más que tótem. Era Ursus el que hacía de ellos clan. Era el espíritu supremo, el protector supremo. La veneración hacia el Oso Cavernario era el factor común que los unía, la fuerza que soldaba a todos los clanes autónomamente organizados en un solo pueblo: el Clan del Oso Cavernario.

Cuando el mago tuerto juzgó el momento oportuno, hizo una seña. Los hombres dejaron de golpear y se sentaron detrás de sus piedras, pero el obsesivo ritmo del golpeteo anterior corría por su sangre y seguía retumbando en sus cabezas.

Mog-ur buscó en una pequeña bolsa y sacó una pulgarada de esporas secas de licopodio. Manteniendo su mano por encima de la antorcha pequeña, se inclinó hacia delante y sopló al tiempo que las dejaba caer sobre la llama. Las esporas se encendieron y cayeron, espectacularmente brillantes, alrededor de la calavera en un fulgor de luz de magnesio, en agudo contraste con la oscuridad de la noche.

La calavera brilló, pareció cobrar vida y en verdad lo hizo para aquellos hombres cuyas percepciones estaban modificadas por los efectos de la datura. Una lechuza ululó en un árbol próximo como si alguien se lo hubiera ordenado, agregando su sonido inquietante al pavoroso esplendor.

—Gran Ursus, protector del clan—dijo el mago con sus gestos formales—, muestra a este clan un nuevo hogar lo mismo que otrora el Oso Cavernario mostró al clan cómo vivir en cuevas y cubrirse con pieles. Protege a tu clan de la Montaña del Hielo, del Espíritu de la Nieve granulada que la creó y del Espíritu de las Ventiscas, su compañero. Este clan quiere suplicar al Gran Oso Cavernario que nada malo le suceda mientras esté sin hogar. A ti, el más venerado de todos los Espíritus, tu clan, tu pueblo pide al Espíritu del Poderoso Ursus que se una a él mientras realiza su viaje hacia el principio.

Y entonces Mog-ur utilizó el poder de su gran cerebro.

Todos esos seres primitivos, carentes casi de lóbulos frontales, con un lenguaje limitado por unos órganos vocales subdesarrollados, pero con cerebros grandes—mayores que los de cualquier raza de hombres entonces existentes o de generaciones todavía por venir—, eran únicos. Era la culminación de una rama de la humanidad cuyo cerebro estaba desarrollado en la parte posterior de la cabeza, en las regiones occipital y parietal, que controlan la visión y las sensaciones corporales y que almacenan memoria.

Y su memoria los hacía extraordinarios. En ellos había evolucionado el conocimiento inconsciente del comportamiento ancestral, llamado instinto. Almacenados en la parte posterior de sus grandes cerebros se encontraban no sólo sus recuerdos, sino los recuerdos de sus antepasados. Podían rememorar conocimientos aprendidos por sus antepasados y, en circunstancias especiales, podían dar un paso más allá. Podían recuperar su memoria racial, su propia evolución.

Y cuando llegaban suficientemente lejos en el pasado, podían fusionar esa memoria, que era idéntica para todos, y unir telepáticamente sus mentes.

Pero sólo en el tremendo cerebro del inválido cubierto de cicatrices y deforme estaba plenamente desarrollado ese don. Creb, el amable y tímido Creb, cuyo cerebro enorme provocaba su deformación, había aprendido, como Mog-ur, a utilizar el poder de ese cerebro para fundir en una sola mente las entidades individualizadas sentadas a su alrededor y orientarlas. Podía situarlos en cualquier parte de su herencia racial, para convertirse, en la mente de cualquiera de ellos, en alguno de sus progenitores. Era el Mog-ur. El suyo era un poder auténtico, no condicionado por trucos de iluminación ni por la euforia provocada por las drogas. Esto sólo servía para preparar el escenario y ponerlos en condiciones de aceptar su dirección.

En aquella noche oscura y tranquila iluminada por antiguas estrellas, unos pocos hombres experimentaron visiones imposibles de describir. No las veían; ellos mismos eran las visiones. Experimentaban las sensaciones, veían con los ojos y recordaban los comienzos pavorosos. En las profundidades de sus mentes encontraban los cerebros sin desarrollar de criaturas del mar flotando en su ámbito salino y caliente. Sobrevivieron al dolor de su primera aspiración de aire y se volvieron anfibios, compartiendo ambos elementos.

Porque reverenciaron al oso cavernario, Mog-ur evocó a un mamífero primordial, el antepasado que generó a ambas especies y a muchísimas más, y fusionó la unidad de sus mentes con el principio del oso. Entonces, recorriendo las eras, se convirtieron sucesivamente en cada uno de sus progenitores y vieron a los que divergían hacia otras formas. Eso les hizo conscientes de su relación con toda la vida que hay en la tierra, y la veneración que fomentaba, a su vez, incluso respecto a los animales que mataban y consumían, constituía la base del parentesco espiritual que los relacionaba con su tótem.

Todas sus mentes actuaban como una, y sólo la aproximación al presente hizo que se desdoblaran de sus inmediatos antepasados para, al fin, ser ellos mismos. Parecía que aquello había durado una eternidad. En cierto modo así había sido, pero, en realidad, había transcurrido muy poco tiempo actual. A medida que cada hombre recuperaba de nuevo su identidad, se levantaba silenciosamente y se iba en busca de un sitio donde dormir y de un sueño profundo sin visiones, pues ya había agotado sus visiones.

Mog-ur fue el último. A solas, meditó acerca de la experiencia, y al cabo de un rato sintió una incomodidad habitual. Podían conocer el pasado con una profundidad y una grandeza que exaltaban el alma, pero Creb intuía una limitación que nunca se les ocurría a los demás. No podían ver hacia delante. Ni siquiera podían pensar hacia delante. Él era el único que vislumbraba esa posibilidad.

El clan era incapaz de concebir un futuro distinto del pasado, no podía idear alternativas innovadoras para el mañana. Todo su saber, todo lo que hacían era una repetición de algo hecho anteriormente. Incluso almacenar alimentos para los cambios de estación era el resultado de una experiencia pasada.

Hubo un tiempo, muchísimo antes, en que la innovación era más fácil, cuando una piedra rota, con aristas agudas, inspiró a alguien la idea de romper una piedra con el propósito de obtener una lámina afilada, cuando la punta caliente de un palo que giraba despertó en alguien la ocurrencia de hacerlo girar más tiempo y más fuerte para ver lo caliente que podía ponerse. Pero a medida que los recuerdos se acumulaban, atestando y ensanchando la capacidad de almacenamiento de su cerebro, los cambios se hicieron cada vez más difíciles. No quedaba espacio para nuevas ideas que pudieran añadirse a su banco de memoria, sus cabezas eran ya demasiado grandes. Las mujeres tenían dificultades para dar a luz; no podían permitirse otros conocimientos que ensancharan aún más sus cabezas.

El clan vivía siguiendo una tradición inmutable. Cada faceta de su vida, desde el momento en que venían al mundo hasta que eran llamados al mundo de los espíritus, estaba circunscrita en el pasado. Era un intento de supervivencia, inconsciente y sin planificar, salvo por la naturaleza, en un último esfuerzo por salvar a la raza de la extinción, pero que estaba condenado al fracaso. No podían impedir el cambio y su resistencia a él era autodestructora, opuesta a la supervivencia.

Tardaban en adaptarse. Los inventos eran accidentales y frecuentemente no se aprovechaban. Si algo nuevo les sucedía, podían agregarlo a su acumulación de información, pero el cambio sólo se conseguía a costa de un gran esfuerzo, y cuando se les imponía a la fuerza, se mostraban reacios a seguir el nuevo rumbo. Se les hacía demasiado cuesta arriba alterarlo de nuevo. Pero una raza sin espacio para aprender, sin espacio para desarrollarse, no estaba ya equipada para subsistir en un medio intrínsecamente cambiante, y ellos habían rebasado ya el punto crítico en que podrían haberse

desarrollado de distinta manera. Eso quedaba para una forma nueva, un nuevo experimento de la naturaleza.

Mientras Mog-ur estaba sentado, solitario, en la llanura abierta viendo cómo las últimas antorchas chisporroteaban antes de apagarse, pensó en la extraña niña que Iza había recogido y su incomodidad aumentó hasta convertirse en algo físico. Ya había visto anteriormente a gente de su especie, pero hasta ahora no había pensado en sacar conclusiones, además de que no muchos de los encuentros casuales habían sido agradables. De dónde provenían seguía siendo un misterio –aquellas gentes eran unos recién llegados a aquellas tierras–, pero desde que habían llegado las cosas habían estado cambiando. Parecían traer el cambio consigo.

Creb se encogió de hombros como para sacudirse la incomodidad que se había apoderado de él, envolvió cuidadosamente la calavera del oso cavernario en su manto, tendió la mano hacia su báculo y se dirigió cojeando a su cama.